

AB INITIO  
Desde el Inicio

ANA ROSENROT

“Si alguno adora la bestia y su imagen  
y recibe su marca en la frente o en la mano,  
beberá él también del vino del furor de Dios,  
vino puro, concentrado,  
en la copa de su ira.  
Y será atormentado con fuego y azufre  
en presencia de los ángeles santos  
y en presencia del Cordero.  
El humo de su tormento sube  
por los siglos de los siglos;  
y no tienen reposo ni de día ni de noche  
los que adoran la bestia y su imagen,  
y los que reciben la marca de su nombre.”

(Libro del Apocalipsis)



# I PARTE

El rojo intenso del vino tinto se agitaba cuidadosamente dentro de la copa de cristal; tan solo unos milímetros separaban aquel concentrado de sabor y aroma afrutado y enérgico del resto del mundo. El joven Idrish aspiró con deleite su aroma para después, con no menos placer, saborear aquel líquido de sabor tan intenso como aromático. Era un buen vino, exquisito, fuerte pero con un punto dulce y aromático, casi sensual, femenino. No era extraño que aquel fuera el vino preferido de su tío y se preguntaba si la mujer que había inspirado aquel extraordinario caldo despertaría las mismas sensaciones.

El "Sonrisa de Isabel" era escandalosamente caro pero lo valía. Idrish entornó los ojos mientras la corriente cálida y aterciopelada bajaba por su garganta. Cuando los volvió a abrir se encontró con el rostro nervioso y macilento de Benjamín Otersfur que le miraba con extrañeza y esto le hizo volver a la realidad del lugar donde se encontraba.

Era algo dispar beber una copa de vino tinto en Amberes, en vez de una buena cerveza de las que tenían fama reconocida pero Idrish era así: le importaba bien poco lo que pasara a su alrededor siempre y cuando no tuviera que ver con él, sin embargo, en ésta ocasión, la mirada asombrada del señor Otersfur no se debía a que se hubiera decantado por un vino español en vez de por una buena cerveza belga.

-Creía que la religión musulmana prohibía el alcohol...- murmuró con una leve sonrisa bajando la vista hacia la espuma de su cerveza negra.

-Si Alá o Mahoma hubieran saboreado éste vino, hubieran cambiado de parecer- repuso el joven escudriñando a Benjamín Otersfur con sus inquietantes ojos claros que destacaban en su rostro de inconfundibles rasgos árabes.

El hombre se removió inquieto en su silla de la cervecería Kroma de la calle Meir, cerca de la Catedral de Amberes. Era evidente que estaba nervioso, lo delataban sus movimientos, su mirada huidiza y las gotas de sudor que veía resbalar por sus sienes. Nada de aquello le había pasado desapercibido a Idrish, era un buen observador; desde niño le habían enseñado a percibir los más mínimos cambios en el paisaje silencioso y falsamente impertérrito del desierto: podía oír al escorpión en la arena, el movimiento de las dunas y saber la hora por el color del cielo. Había sido educado desde que nació para adelantarse a sus enemigos, para estar preparado ante cualquier imprevisto, y a sus veinte años tenía la certeza de que el hombre que se sentaba frente a él tenía miedo. El brillo de sudor que cubría sus sienes no se debía solo al calor de la estación primaveral, era algo más.

No era la primera vez que Benjamín Otersfur hacía negocios con él y con su tío, era uno de los intermediarios del comercio ilegal de diamantes, normalmente de Sierra Leona, que quedaban fuera de los convenios para acabar con el negocio de los diamantes de sangre de los que se obtenía dinero para comprar armas y financiar la guerra de países africanos. Ni el tratado de Kimberly ni la multinacional sudafricana De Beers habían logrado acabar con el comercio ilegal, ni podrían hacerlo nunca; era demasiado fácil y se movía demasiado dinero como para acabar con aquello, a nadie le interesaba, ni a los gobiernos ni a los compradores y el contrabando continuaba a cara descubierta como en aquel lugar: a plena luz del día en el centro de la ciudad más importante del comercio mundial de diamantes, Amberes.

Benjamín Otersfur era uno de los principales intermediarios, trabajaba en cualquier lugar del mundo pero su centro de operaciones era Amberes. Se pasó el dedo por el cuello de su camisa mientras dirigía una breve mirada a Idrish, él no sudaba, permanecía tranquilo y sosegado frente a su copa de vino tinto.

-¿Y bien?- el joven no quería aparecer impaciente pero no le apetecía pasar el resto del día viendo como Benjamín Otersfur sudaba dentro de su elegante traje que sin embargo no le quedaba nada bien. Era la primera vez que trataba directamente con él, en otras ocasiones había acompañado a su tío en las reuniones como simple observador. Como aprendiz de los negocios, admiraba el carácter sosegado y diplomático de su tío que conseguía más con una sonrisa y un apretón de manos que con duras palabras, aunque al darse la vuelta su sonrisa se tornara en una mueca de desdén. Idrish estaba abierto al aprendizaje, era listo, inteligente y vivaz; por eso su tío le había encargado en aquella ocasión que fuera él mismo quien ultimara los detalles de la transacción, sabía lo que tenía que hacer y no le intimidaba nada de aquello, hacía ya un par de años que era la mano derecha de su tío, el jeque Ahmed bin Zidna, y poco a poco se iba ganando el respeto de los socios proveedores.

-Es una excelente partida de diamantes- explicó el señor Otersfur con la boca seca mientras dirigía una rápida mirada a la chocolatería que había cerca de allí. Idrish sonrió levemente, sabía del gusto casi adictivo de su interlocutor por los bombones, en especial los belgas, por eso precisamente le había citado en aquel lugar cerca de su tentación preferida, así la transacción sería más rápida- Como las anteriores que recibieron. Su tío, el jeque, siempre ha quedado enormemente satisfecho- añadió el hombre con una sonrisa que hizo que su nariz pareciera más arqueada aún. Sus ojos pequeños brillaron iluminando su rostro de rasgos hebreos.

-Al igual que usted- repuso Idrish clavando sus ojos claros en los de Benjamín- Esos diamantes tienen un precio demasiado elevado.

-Bueno...- el judío se frotó las manos- ya sabe de dónde provienen, su origen no es demasiado legal... y no puedo ofrecerle ningún certificado.

-Lo sé, pero eso no me preocupa- le interrumpió el joven mientras apartaba la vista de su interlocutor y la dirigía a un grupo de jóvenes que riendo habían entrado en la cervecería, sin duda eran turistas porque rápidamente solicitaron todo un catálogo de las mejores y más conocidas cervezas. Era un día caluroso y soleado de abril, numerosos viajeros paraban en las terrazas para refrescarse y descansar. Toda la calle Meir era un hervidero de gentes de diferentes nacionalidades que le daban un característico aire cosmopolita a aquella zona histórica de edificios del siglo XVIII

y XIX tan turística y alegre como el resto de la ciudad, famosa por su catedral gótica, sus museos y palacios, sus cuatro bolsas de diamantes, su río Escalda y su ambiente elegante.

-¿No le preocupa?- se extrañó Benjamín.

-Mi tío confía en usted. No es la primera vez que solicitamos sus servicios, imagino que esta vez no será diferente.

Un leve carraspeo y un temblor en la voz del judío cuando volvió a hablar hicieron que Idrish le mirara fijamente.

-La cerveza es demasiado fuerte...- se excusó el hombre esbozando una sonrisa mientras sostenía la jarra con mano temblorosa.

-¿Tiene la muestra?- preguntó Idrish.

Benjamín Otersfur metió la mano en el bolsillo y de ella sacó un pequeño saquito de terciopelo negro que puso frente a Idrish, al lado de su copa de vino tinto. El joven abrió el saquito y de él extrajo un diamante del tamaño de la yema de un dedo. Lo sostuvo entre el índice y el pulgar mientras lo miraba atentamente durante unos segundos que a Benjamín Otersfur le parecieron horas.

-¿Son todos así?- preguntó por fin el joven árabe.

-Si- contestó con apenas un hilo de voz. Idrish no apartaba la mirada del diamante para desesperación del judío que intuía que el sobrino del jeque no tenía ni idea de lo que estaba mirando, no era más que un jovencuelo jugando a los negocios de altos vuelos- ¿Qué le parece?

-Que es muy bonito- contestó infantilmente Idrish con una sonrisa.

El judío se relajó y sonrió a su vez, después tomó otro sorbo de cerveza y su postura se relajó. "Muy bonito"- pensó para sí, era la contestación típica de aquel que no tiene ni idea de diamantes.

-Bonito y precioso, como exquisitos bombones- subrayó el judío.

-Los ha descrito a la perfección.

-Bueno, creo que todo es correcto, ¿no es así? Podemos dejar zanjado el negocio- dijo impaciente el señor Otersfur.

-Si- corroboró Idrish- ¿los diamantes proceden de la misma mina que los otros?

-Si, como las dos veces anteriores que negocié con su tío. Exactamente igual.

-Bien, entonces no hay más que hablar- Idrish sonrió y adelantó su mano para apretar la de Benjamín y cerrar el trato. El choque fue directo y fuerte- Esta noche deberán embarcar los diamantes, el barco se llama Abdain.

-Muy bien, no habrá ningún problema. En cuanto...

-Tendrá el dinero acordado de la manera de siempre, en su cuenta de las islas Caimán. No quedará ningún rastro- repuso Idrish adelantándose al pensamiento de Benjamín.

-De acuerdo- Benjamín Otersfur se levantó de su silla satisfecho- Encantado de hacer negocios con usted. Déle mis mejores recuerdos a su tío.

-No le quepa duda.

-Espero volver a verle.

-¡Inshallah!- contestó Idrish con una sonrisa que iluminó su rostro moreno.

El judío se dispuso a marcharse pero dudó, se volvió y miró a Idrish que le observaba con atención. Sintió un estremecimiento y decidió marcharse rápidamente.

El joven se quedó sentado en el mismo lugar, volvió a contemplar el diamante, realmente era muy bonito, se lo acercó y exhaló su aliento sobre él, la piedra se empañó y lentamente volvió a recuperar su brillo. "Sí, muy bonito, pero falso".

\*\*\*

Aquella noche Benjamín Otersfur pensaba divertirse a lo grande, aunque para él la diversión se limitaba a tomar una copiosa cena regada por una buena cerveza y disfrutar de un surtido de los bombones más exquisitos y caros de toda Bélgica. Era un hombre de costumbres, metódico hasta la compulsión. Siempre que estaba en Amberes cerrando un trato cenaba en el mismo restaurante de Grote Mark, era su preferido, le conocían y le atendían con exclusividad, por eso aquella noche hizo lo propio: pidió un buen plato de mejillones cocidos en vino blanco y cubiertos de mantequilla con pimienta y perejil, además de un par de worstenbrood o rollos de salchicha, a pesar de que no era la época; todo ello regado con una buena cerveza negra Ganzenbier servida en una jarra de piedra. Suspiró encantado cuando terminó el último sorbo y esperó impaciente a que le trajeran sus bombones predilectos. Todos sus sentidos se sintieron complacidos, hubiera podido terminar la noche con alguna mujer pero para Benjamín no había un placer insuperable al de aquellos pralinés que se derretían en su boca inundando de sabor todas sus papilas gustativas; apenas terminaba con uno cuando se metía otro en la boca, y otro, y otro más... era pura gula... uno de los pecados capitales, además de la mentira, la pereza y unos cuantos más.

El chocolate se fue derritiendo liberando un interior duro y frío: pequeños diamantes que se fueron atascando en su garganta imposibilitando que pudiera tragar y respirar.

Al principio solo fue una incomodidad, luego una molestia, hasta que angustiado se levantó de la mesa y comenzó a carraspear sonoramente intentando liberarse de aquello que le obstruía la garganta. El resto de los comensales le miraron extrañados y varios camareros alarmados corrieron a auxiliarle. Benjamín Otersfur presa del miedo y el ahogo cayó al suelo arrastrando el mantel con él. Le abrieron la boca pero no pudieron acceder a su garganta. Sus ojos se abrieron con espanto mientras sus manos intentaban liberarle de una imaginaria cuerda, era así como lo sentía. Ante la vista de todos y sin poder hacer nada, Benjamín Otersfur murió atragantado por culpa de su apasionamiento por los bombones y lo que se ocultaba dentro de ellos.

-Lo siento tío, el negocio no ha salido bien- explicó Idrish por teléfono- El señor Otersfur ha sufrido un lamentable accidente y ha muerto.

Mientras hablaba se había desabrochado los dos primeros botones de su inmaculada camisa blanca y se recostaba en la cama de su habitación en el hotel Plaza.

-Creo que se atragantó cenando- continuó a las preguntas de su tío- con unos bombones. Si, algo penoso, no pudieron hacer nada por él. Por eso no se ha podido terminar la transacción. ¿Los diamantes?... ya hablaremos- dijo sin prestar atención mientras encendía el plasma con el mando a distancia.

\*\*\*

Ahmed bin Zidna colgó el teléfono y se quedó pensativo. Era una mala noticia que Benjamín Otersfur hubiera tenido aquel trágico final aunque las palabras de su sobrino Idrish le habían dejado un tanto extrañado. Desde su lujoso retiro en Dubai, movía los hilos de sus negocios y había decidido dar mayor relevancia en ellos a su sobrino Idrish, era listo y tenía suficiente capacidad para ocuparse de ciertos trámites, no en balde había tenido una estricta instrucción: había sido educado en los mejores colegios ingleses aparte de acompañarle en numerosas viajes con el bagaje cultural que ello significaba, era el hijo varón que no había tenido y como tal lo trataba pues su fortuna y todo lo que poseía lo heredaría el joven, aunque sin perjuicio de su propia hija, que dispondría de una riqueza nada envidiable. Aún así su sobrino seguía siendo todo un misterio para él, había vivido en el desierto como un nómada tuareg durante sus primeros diez años y nunca podría olvidar el brillo de sus inquietantes ojos azules que destacaban en su rostro moreno. Su hermana y madre de Idrish había estado desaparecida desde que se fugó con un guerrillero vinculado a Al-qaeda y tras numerosos esfuerzos habían conseguido dar con ella, para su asombro tenía una criatura de rasgos hermosos y mirada feroz, un arma de doble filo, una fiera del desierto que él había conseguido domar y encauzar, o al menos eso era lo que él creía.

Bur Dubai era el barrio de las torres de viento, llamadas así por su particular climatización. Le encantaba sobre todo el zoco por el que podía pasear y admirar los comercios como si se tratara de la cueva de Alí- Babá de camino a la mezquita, cuando el almuecín llamaba a la oración. Vestía al modo árabe con la kandora o túnica blanca y el hatta o tocado immaculados para defenderse del implacable sol del desierto sobre el que se fundamentaba Dubai. Sin embargo en aquel barrio no estaba su hogar, sólo sus negocios y cada vez pasaba menos tiempo allí, prefería el murmullo de las fuentes de agua de su palacete y la suave brisa del atardecer cuando el sol teñía el paisaje de rojo, entonces buscaba el arrullo de alguna de sus cuatro mujeres para saborear los placeres que le deparaba la vida.

El jeque bin Zidna entro en la Gan Mezquita decorada con azulejos azules tras lavarse como mandaba el Corán. Consistía en una de las mayores de Dubai con sus enormes cúpulas y preparada para dar cobijo a unos 1.200 musulmanes. Se arrodilló sobre la estera y repitió los versículos indicados. Se sentía cansado y un tanto solo: sus mujeres solían hacer vida aparte en el harén, su hija estudiaba en Estados Unidos e Idrish estaba en Amberes... quizás sería bueno cambiar de aires, viajar y divertirse un poco ahora que podía delegar en Idrish, aunque lamentaba que el primer negocio que el joven hacía solo hubiera sido un completo fiasco, eso sin duda podría minar la confianza en sí mismo de la que hacía gala su sobrino y que siempre le impresionaba. Lo que Ahmed bin Zidna no sabía es que para Idrish, al contrario de lo que él pensaba, aquel negocio malogrado en Amberes había sido un magnífico éxito.

Los cánticos del almuecín sumieron al jeque en un placentero estado de sosiego y relajación. Decidió que se iría de viaje en cuanto solucionara unos cuantos asuntos importantes, le costó más decidir a cual de sus mujeres llevaría con él, o tal vez fuera mejor ir solo, quizás pudiera encontrar a su quinta esposa, ¡Inshallah!

Fisterra, Galicia

La brisa del mar llegaba hasta lo alto del acantilado trayendo consigo el salitre del Atlántico que se pegaba a la piel humedeciéndola. Una joven se estremeció en lo alto del acantilado, el mar rugía con fuerza y las olas se estrellaban contra las rocas en una efervescencia espumosa; aún así era un paisaje que le encantaba: no había día que no se acercara a ese lugar aunque lloviera o helara, respiraba profundamente con los ojos cerrados para que todo su interior se inundara del aroma del mar y de su esencia.

-¡Elizabeth!- llamó cansadamente un hombre detrás de ella.

La joven se volvió y su rostro se iluminó cuando reconoció al hombre.

-Llevo llamándote un rato- explicó el hombre que llegó jadeando hasta donde ella se encontraba.

-No te oí. Si me hubieras llamado Isabel habría reaccionado antes- repuso ella bajando de un salto de la roca en la que se hallaba y dirigiéndose al encuentro del hombre que la esperaba más atrás.

-Siempre se me olvida que prefieres que te llame Isabel- reconoció el hombre abrazando a la joven cuando estuvo a su lado.

-Paul, has tenido veinte años para acostumbrarte- se quejó ella echándole los brazos al cuello.

-Veinte años ya... parece increíble- murmuró el hombre con cierto deje de amargura.

Isabel le miró con atención, si, habían pasado veinte años, pero solo para Paul, para ella el tiempo permanecía impasible y su aspecto continuaba siendo el de una veinteañera. Muchas veces sufría por Paul, él intentaba mantenerse joven y fuerte a pesar de que ya superaba los cincuenta, y ciertamente no se podía quejar: el ejercicio diario y sus cuidados le habían convertido en un hombre maduro pero interesante, aquellas canas de sus sienes lejos de envejecerle le daban un aire respetable que contrastaba con su carácter jovial.

-¿Te vas ya?- preguntó Isabel cambiando de conversación y colocándose bien la pulsera de plata que ocultaba las marcas de los colmillos de Ludwig en su muñeca.

-Sí, hoy tengo muchas cosas que hacer. Imaginé que estabas aquí y no quería irme sin despedirme.

Aquella era una de las manías de Paul, en su fuero interno tenía siempre la aprensión de que en cualquier momento podría pasarle algo y no quería dejar este mundo sin haberle dado un beso a su amada.

-Si quieres desayunamos juntos...- propuso Isabel elevando la voz por encima de la rugiente mar. Paul consultó su reloj.

-Es tarde ya, debo irme a A Coruña, tengo una reunión importante allí con varios restauradores.

-Bien, yo también tengo que irme- admitió ella emprendiendo el camino hacia el todoterreno que Paul había dejado aparcado cerca de allí- ¿Puedes dejarme en casa? Me he despistado y si tengo que volver andando no me dará tiempo a llegar al trabajo.

-Claro que si preciosa.

Dejaron atrás el escarpado acantilado y se internaron por el camino que llevaba a su casa. Isabel se estremeció agradablemente al sentir la calidez del coche. A pesar de que estaban a principios de julio, el ambiente en Fisterra era húmedo y frío. Paul frunció el ceño y se concentró en el estrecho camino sin asfaltar que les llevaba a su hogar. Parecía increíble que aún existieran lugares como aquel en el que parecía que no había pasado el tiempo, quizás era por eso por lo que Isabel había querido regresar a aquel lugar: porque allí estaban sus orígenes y permanecían inalterables, como ella.

Aunque el mundo cambiara y todo se volviera patas arriba, ella permanecería joven y hermosa, y él en la medida que pudiera, permanecería junto a ella en el fin del mundo, en Fisterra.

Después de unos diez minutos llegaron a la finca en la que se erigía su hogar: el Pazo O' Breo. Paul lo había comprado un par de años después de llegar a Galicia y tras una extensa remodelación y acondicionamiento en la que los dos se habían implicado con ganas y habían disfrutado mucho, habían conseguido una magnífica residencia que sin perder su encanto original y rural no carecía de ninguna comodidad.

El cruceiro de piedra medio kilómetro antes, en una encrucijada de caminos, daba el punto de referencia del pazo que consistía en una edificación recia de casa señorial que se había adaptado como vivienda, además de varias dependencias como una cuadra en la que había varios caballos, un hórreo y varios almacenes, además de dos pequeñas viviendas adyacentes en las que se acomodaba el servicio compuesto por un matrimonio que cuidaba de la casa y el jardín, el otro apartamento había servido en algunas ocasiones como casa de huéspedes o alojamiento rural, incluso alguna vez habían dado refugio a algún peregrino perdido en la noche cuando hacía el Camino de Santiago. También poseía una pequeña capilla que Isabel había querido conservar.

Sobre la recia puerta, un trisquel a modo de bienvenida saludaba a los visitantes que iban a entrar en la vivienda, aquel era uno de los símbolos celtas que significaba la protección de los tres elementos de la Naturaleza. El interior de la casa había respetado al máximo la decoración paciega propia del lugar y el entorno con madera, dándole un aspecto bastante acogedor. La organización del espacio era a través de corredores que prácticamente comunicaban casi todas las dependencias como la bien surtida biblioteca o el salón. En cuanto al exterior estaba formado por un extenso jardín muy bien cuidado y ornamentado que lindaba con un bosque, mientras que la parte de atrás se dedicaba a una pequeña huerta que los abastecía para sus necesidades.

El Pazo O' Breo también poseía casi 20 hectáreas de vides de estupenda calidad y que constituían su negocio fundamental pero el viñedo quedaba más alejado, al otro lado del bosque y era necesario coger el coche para llegar hasta él. Paul había conseguido con mucho esfuerzo y tesón crear una bodega donde el vino estrella era un tinto afrutado y especiado, lleno de fuerza y sabor que a nadie dejaba indiferente: el "Sonrisa de Isabel".

-¿Vendrás a cenar?- preguntó Isabel desde fuera del coche apoyada en la ventanilla abierta.

-No sé cuanto durará la reunión. Tengo que convencer a unos tercos restauradores de que nuestros vinos son los mejores del mercado- bromeó Paul apoyándose sobre el volante- Quizás hubiera sido mejor que vinieras tú, una joven bonita siempre convence más que un hombre feo- añadió con una sonrisa.

-No seas tonto, seguro que lo haces muy bien- aseguró ella con firmeza- además, a mi intentarían engañarme mientras que tú eres un perro viejo en los negocios. Llámame esta tarde y me cuentas, ¿vale? Yo estaré todo el día en el Museo haciendo el inventario de las nuevas piezas y reunida con la gente de Patrimonio Cultural.

-Vale.

Isabel se puso de puntillas para acercarse más a Paul y poder besarle.

El todoterreno arrancó a toda velocidad dejando una estela de polvo. Isabel no se movió de la entrada del pazo hasta que no perdió de vista el coche, después corrió por el jardín hasta llegar a la casa, tenía el tiempo justo para cambiarse de ropa. Abrió la puerta y corrió como una exhalación por la escalera que llevaba a su habitación. Abrió el armario y rebuscó en él, ¿dónde estaría su carpeta? Juraría que la noche anterior lo había dejado allí para no perderlo.

-¡Breixa!- gritó mientras se quitaba el fino jersey.

Una anciana de aspecto entrañable entró en la habitación portando la carpeta.

-¿No pensará irse sin desayunar?

-No te preocupes, tomaré algo por el camino. Me he entretenido demasiado.

-El señor Paul marchó a buscarla al acantilado.

-Si, él me ha traído a casa. ¿Sabes dónde está...?- se interrumpió al ver la carpeta en manos de Breixa- ¡Menos mal!- exclamó aliviada extendiendo la mano pero la anciana no se la dio.

-Antes tendrá que tomar al menos un vaso de leche de la Rubia, es la mejor vaca lechera de mi hermana.

Isabel la miró, estaba claro que la mujer estaba decidida a no darle la carpeta por las buenas.

-Está bien- suspiró. A veces era mejor no discutir con Breixa, normalmente era muy terca y siempre se salía con la suya llevara razón o no. Además su tarta de moras disculpaba cualquier cosa.

Las dos mujeres bajaron a la cocina y ante un humeante tazón de leche espesa y con un telo de nata de casi un dedo, Isabel terminó de abrocharse la blusa y Breixa satisfecha soltó por fin la carpeta.

-¿Volverá el señor Paul para la cena?- preguntó mientras cortaba una gruesa rebanada de pan y la untaba de cremosa mantequilla.

-No lo sé, luego llamará- contestó la joven mientras que casi de manera inconsciente cogía la rebanada que Breixa le tendía- En cualquier caso no te preocupes, yo haré la cena y así podrás descansar.

La mujer enarcó una ceja incrédula, la señora Isabel tenía muchas virtudes pero la cocina no era precisamente una de ellas. La acompañó hasta la entrada del Pazo y después volvió a sus labores domésticas.

Isabel llegó hasta el cruceiro y se detuvo allí a esperar, ciertamente los tacones y la falda estrecha desentonaba con aquel paisaje en el que era más propia la vestimenta de Breixa con su delantal y sus medias. A los pocos minutos un coche se acercó hasta ella.

-¿Busca taxi la señorita?- le preguntó la alegre voz de Aloia.

-Si por favor- dijo ella respondiendo a la broma de su amiga y compañera de trabajo mientras se acomodaba en el coche.

-Espero que no hayas esperado mucho, he tenido que llevar a los niños al colegio, perdimos el autocar escolar- dijo con fastidio mientras arrancaba.

-Apenas unos segundos, yo también iba retrasada- confesó Isabel mientras bajaba el parasol y se miraba en el espejo para retocar su escueto maquillaje consistente en brillo de labios y un poco de rimel.

-Creo que llegaremos- aventuró Aloia pisando el acelerador- esta gente del Patrimonio es muy estricta y no verían bien que llegáramos tarde, así que...

Isabel intuyó lo que Aloia pretendía, la conocía bastante bien, así que se agarró firmemente al coche pues su compañera era bastante atrevida conduciendo.

La entrada a Santiago de Compostela fue lenta, se acercaba el día grande de Galicia: Santiago, además aquel era Año Xacobeo y numerosos peregrinos que hacían el Camino se encontraban ya cerca de la ciudad, lo que junto a los acostumbrados turistas hacía que el tráfico, unido a las calles estrechas y las muchas peatonales, fuera un poco conflictivo, pero Aloia conocía bien la ciudad, callejó satisfactoriamente hasta llegar al parking cercano a la Catedral de Santiago donde tenían la reunión con la gente del Patrimonio.

En una de las sacristías repleta de joyas artísticas las esperaban dos hombres junto con el obispo Freixido y el señor Miño, su jefe. Tenían porte de ciudad, sin duda eran de A Coruña, siempre vestían con traje y les gustaba desmarcarse de la gente del pueblo adquiriendo una actitud despegada y altanera. También les acompañaba el jefe de policía para discutir con ellos las medidas de seguridad.

-No queremos que ocurra nada- dijo uno de los hombres del Patrimonio refiriéndose al robo del Códice Calixtino, una pérdida que causó gran conmoción.

-Eso queda descartado- aseguró el jefe de policía un tanto ofendido. Aquello había ocurrido hacía muchos años y gracias a la efectividad y trabajo de la policía se había conseguido recuperar.

-La Xunta no tendrá ningún problema en traer más hombres si es necesario- argumentó el otro hombre tan estirado como su compañero.

-No será necesario- intercedió el señor Miño sonriendo conciliadoramente. A ninguno les gustaba la actitud de aquellos hombres y aunque la oferta de refuerzo policial era de agradecer, consideraba que Santiago de Compostela estaba lo bastante preparado como para no necesitar apoyo externo.

-Bueno...- interrumpió el obispo con preocupación ya que pensaba en el gran número de visitantes que habría aquel año en la ciudad- tal vez no sería tan mala idea.

Todas las miradas se centraron en él y el anciano carraspeó incómodo

-Claro que si el jefe de policía me asegura que no habrá ningún problema...- rectificó un tanto apabullado mientras se rascaba la barbilla.

-Por supuesto, le doy mi palabra, al igual que a ustedes- dijo dirigiéndose a los dos hombres- las piezas que el Patrimonio piensa traer no correrán ningún riesgo.

Las dos jóvenes permanecían calladas. A Isabel le aburría soberanamente aquellas discusiones burocráticas en las que solo se pretendía demostrar el poder que cada uno ostentaba, así que dejó volar su mente, lo cual era muy peligroso ya que era como dejar libre a un león. Primero se fijó en una puerta entreabierta y lentamente ésta comenzó a cerrarse. A Isabel le pareció gracioso cortar un poco aquel ambiente tan tenso así que forzó un poco más la situación y la puerta se cerró de golpe produciendo un sonoro golpe que resonó en toda la estancia de techos altos y ricamente adornada.

-¿Qué ha sido eso?- se sorprendió uno de los hombres de A Coruña.

-Un portazo- rezongó el jefe de policía haciendo obvio lo evidente.

Al instante una libreta cayó al suelo y la puerta se abrió de nuevo tan bruscamente que chocó contra la pared.

-¡Por los clavos de Cristo!, ¿qué pasa ahora?

-Sin duda una corriente de aire- explicó el señor Miño.

-Parece cosa de meigas- murmuró uno de los hombres del Patrimonio.

El obispo se santiguó con aprensión.

Isabel sonrió, sin duda era cosa de meigas.

Primero inundó los sentidos con un aroma amaderado y frutal aunque una pizca especiado, después el color rojo rubí se abrió paso como una mancha de sangre en un campo nevado para por último deleitar con un sabor energético y sutil al mismo tiempo que encerraba cierta rememoración a mar. El “Sonrisa de Isabel” siempre producía aquella sensación sorprendente y viva, como si se estuviera probando algo más que un vino, casi un ser vivo.

-Espléndido- admitió uno de los hombres con los que Paul debía reunirse. Retiró la copa y lo miró con aprobación- Es uno de los mejores tintos que he probado.

-En efecto- corroboró Paul henchido de satisfacción y sin el menor ápice de modestia- y perfecto para cualquier tipo de maridaje.

El abogado transformado en viticultor sabía la importancia que tenía aquella reunión: aquellos hombres eran reputados enólogos: conocían el vino hasta sus más mínimos detalles, lo amaban y lo apreciaban; pero también eran hombres de negocios, importantes restauradores gallegos que solo querían lo mejor. A estas alturas Paul podía estar tranquilo de sus vinos, no en balde había ganado varios premios e incluso varias revistas dedicadas a la enología habían admirado y ponderado sus caldos en varios artículos. Pero Paul sabía que tenía un gran handicap: no eran muchos los vinos tintos que destacaban en Galicia donde lo que más se pedía y conocía eran los blancos como el Ribeiro y Albariño. Hubiera sido más fácil producir vinos de este tipo, el mercado ya estaba abierto, sin embargo la competencia era mayor. En cuanto a los tintos, no había demasiados que alcanzaran la categoría necesaria para obtener una mención en las revistas y foros especializados, aunque reconocía que el vino “Pecado” y “A Trabe” eran serios competidores, tenían muchos años de experiencia y fama reconocida, él apenas hacía unos diez años que había conseguido introducirse en el mercado y aunque reconocía que no le había sido excesivamente difícil por la calidad del “Sonrisa de Isabel”, sí había tenido que luchar contra el escepticismo de muchos que le veían como un profano en la materia, un advenedizo extranjero intentando crear un vino de calidad.

Los tres restauradores se miraron de soslayo pero Paul interceptó un asentimiento tácito entre ellos: les había gustado. Sonrió disimuladamente, ahora quedaba casi lo más difícil: llegar a un acuerdo en el precio. Decidió adelantarse y atacar; pillarles desprevenidos le daría ventaja sobre ellos. Sacó una pequeña libreta del bolsillo de su traje y se dispuso a apuntar.

-¿Cuántas cajas de botellas quieren que les suministre?

Aquella pregunta les dejó desconcertados.

-Aún no hemos decidido si compraremos sus vinos, señor Shein- dijo uno de ellos sin soltar la copa.

-¿Necesitan más tiempo? En ese caso discúlpenme- dijo guardando apresuradamente su libreta, tal vez se había equivocado en su apreciación- Creí entender que en ésta reunión se cerraría el trato, por eso he apartado varias cajas de la bodega. Don Emilio Boano me pidió más de las que podía servirle pero si ustedes no van a comprar nada...

Aquel nombre hizo que los tres hombres se pusieran tensos. Emilio Boano era uno de los restauradores más importantes no solo de Galicia sino de España entera, tenía restaurantes por todas partes.

-Creo que los vinos que me pedía eran para su nuevo negocio en Francia- añadió Paul.

-¿Entonces es cierto que piensa expandirse?- preguntó uno de ellos.

Paul se encogió de hombros.

-No sabría decirle... me pidió demasiadas botellas para un único restaurante, imagino que si.

Si el "Sonrisa de Isabel" llegaba a París de la mano de Emilio Boano, sin duda ellos deberían adelantarse y conseguir aquellos vinos al precio que fuera.

El corazón de Paul palpitaba a toda velocidad, era cierto que había estado en trámites con Emilio Boano pero tan solo le había comprado veinte cajas para la boda de su hija, el resto de la historia se la había inventado.

-Sus vinos son demasiados caros- musitó otro de los hombres.

-Mis vinos son demasiado buenos- argumentó Paul mirando fijamente a su interlocutor hasta que éste, tras unos segundos, asintió con una amplia sonrisa.

-¿Podría tener treinta cajas para el lunes?

-Yo necesitaría cincuenta, ¿se encargará también de la distribución?

-Las bodegas Shein-Castro se harán cargo de todo, no tienen de qué preocuparse- sonrió Paul mientras sacaba de nuevo su libreta y apuntaba. Aquellos pedidos eran bastante importantes y le reportaría bastantes beneficios.

-Me gustaría conocer también a su socio- admitió uno de los hombres- y darles a ambos la enhorabuena por sus exquisitos vinos.

-El señor Markgraf estará en A Coruña en un par de semanas. Creo que sería muy grato concertar una comida- explicó Paul.

-¡Estupendo! Le diré a mi secretaria que le llame... quizás pudiéramos ampliar el negocio. Conozco a unos empresarios hoteleros que tal vez estuvieran interesados en adquirir sus vinos, aunque el precio debería ajustarse un poco- dijo el restaurador sonriendo.

La tenue y sonrosada calidez del atardecer de julio iluminó el rostro de Paul cuando salió a la calle. Estaba contento y no podía disimularlo, consultó su reloj: la cata había durado más de lo que pensaba, habían tomado unos canapés a modo de comida y eran poco más de las siete. Si se ponía en marcha en ese momento podría estar en casa a la hora de la cena, no le apetecía lo más mínimo pasar la noche en un hotel, no dormía bien si no estaba al lado de Isabel.

El camino de vuelta fue alegre, reflexionó sobre el negocio que acababa de cerrar y francamente estaba seguro de que Ludwig se pondría bastante contento, él era su principal socio en todo aquello, le había apoyado y ayudado cuando se decidió a acometer aquella importante empresa:

había viajado con él estudiando los tipos de cepa, las uvas, las características de la fermentación... todo el proceso había sido cuidadosamente analizado, habían invertido mucho dinero en todo aquello pero había valido la pena: el "Sonrisa de Isabel" funcionaba perfectamente y todo iba viento en popa. Ludwig se había implicado en todo el negocio pero no había querido dar su nombre a las bodegas, prefería mantenerse en un discreto anonimato como siempre había hecho durante su vida, no le gustaba destacar y menos ser conocido, quería ser libre y mantener su intimidad al margen de sus negocios, por eso se había decidido que la bodega tuviera el apellido de Paul y el de Elizabeth, dándole un punto exótico al mezclar el norteamericano Shein con el gallego Castro. Un nombre muy particular que iba cogiendo fama y prestigio.

Paul pulsó el modo manos libres para llamar a Isabel, su dulce voz se oyó pocos segundos después.

-¡Hola!, ¿ha ido todo bien?

-Magnífico, como no podía ser de otra manera.

-Me alegro mucho. ¿Vienes a cenar?

-Sí, ahora mismo salgo con el coche. ¿Qué tal lo tuyo con la gente del Patrimonio?

-Bien... pero muy pesados, como siempre.

-Ten en cuenta que éste año es Xacobeo, es normal que estén preocupados- aventuró Paul sin apartar la vista del semáforo.

-Lo sé pero me aburre tanta burocracia.

-Dios... eso es malo, cuando tú te aburres... ¿qué has hecho?- preguntó divertido sabiendo que la bruja habría hecho alguna trastada.

-Nada, poca cosa...- sonrió sin querer confesar.

-Está bien, hablaremos luego.

-Vale. Le diré a Breixa que se vaya a acostar, yo haré la cena, ¿te parece?

-¿Estás segura?- preguntó Paul dubitativo.

-No te preocupes por nada- dijo alegremente.

Cuando Paul llegó al Pazo tocó el claxon sonoramente. Isabel salió corriendo y se lanzó en sus brazos bajo la atenta y beatífica mirada de Breixa que ya se dirigía a su casa.

-Has tardado mucho- se quejó ella mimosa- He estado toda la tarde cocinando.

-Probaremos esas exquisiteces en cuanto me haya duchado.

Los dos abrazados se introdujeron en la casa. Breixa suspiró, siempre era agradable ver a una pareja de enamorados y el señor Paul y la señora Isabel estaban realmente muy enamorados a pesar de la diferencia de edad, aunque no siempre había sido así: Breixa recordaba que cuando empezó a trabajar para ellos, hacía ya casi veinte años, la diferencia entre ellos no parecía tan grande. El tiempo había pasado para todos, excepto para la señora Isabel que seguía aparentando veinte jóvenes y lozanos años. Movi6 la cabeza como si quisiera apartar viejos y ancestrales pensamientos. Galicia era un lugar lleno de misterios, de fantasmas, de brujas, hechizos y sortilegios. Nada podía asombrarla ya, en aquel lugar tan cerca del fin del mundo podía pasar cualquier cosa, era un mundo aparte y solo ellos podían entenderlo. Se colocó bien su chal y se

dirigió a su pequeña casa al otro lado del pazo donde le esperaba su marido Nuno que se encargaba de los animales y del cuidado del jardín y la huerta.

Una encantadora mesa con velas y música suave esperaba a Paul al bajar las escaleras. Isabel terminaba de colocar los cubiertos.

-Vaya, ¿celebramos algo?

-Sí, que nos queremos y todo va viento en popa, ¿te parece poco?

-Claro que no, cariño.

-Siéntate y te iré sirviendo, mientras cuéntame lo que ha pasado.

Paul obedeció dócilmente y mientras hablaba observaba los movimientos de su mujer.

-Bueno, tuve que forzar un poco las cosas.

-¿Es que no les gustó el vino?

-Claro que les gustó pero su precio no- extendió su servilleta y aspiró el aroma del asado. Tenía bastante buena pinta- ¿Lo has hecho tú sola o con ayuda?

-Bueno, con un poco de ayuda- reveló sin apartar la vista del asado que estaba loncheando.

-¿De tus poderes?- preguntó haciendo referencia a su condición de bruja.

-No, Breixa insistió tanto que no tuve más remedio que hacerle caso y reconozco que el resultado ha sido muy bueno- Isabel se sentó a la mesa- Se me ha olvidado la sal.

-Iré yo.

-Espera.

La joven cerró los ojos y movió un dedo, al instante el salero llegó volando desde la cocina y aterrizó suavemente en la mesa. Paul soltó una carcajada.

-Creo que no podré acostumbrarme a esto nunca- confesó.

-Bueno... es práctico, ¿no te parece?

-Por supuesto- admitió- ¿Y a ti que tal te fue?

-Ya te lo dije ésta tarde- dijo con un suspiro de hastío- Aloia y yo llegamos un poco más tarde y el señor Miño nos abroncó después de la reunión pero nos dijo que estaba encantado de contar con nosotras.

-No me extraña, sois las dos mejores conservadoras del Patrimonio de toda Galicia.

-Revisamos el inventario de piezas que traerán para las exposiciones en la Catedral y todo estará perfectamente dispuesto para el día del Patrón. Santiago estaba lleno de gente; desde que leyeron el pregón el día 16 no ha parado de llegar gente, hay multitud de actos culturales.

-Será un día grande.

-Sí, éste año será complicado, habrá más gente de lo normal. ¿Cuándo vendrá Ludwig?

-Me dijo que a mediados de este mes, quiere asistir a Rapa das Bestas en Pobra do Caramiñal.

-Estoy deseando verle- dijo ilusionada- aunque este año con tanto lío apenas podré estar con él.

-Ya sabes que él no es un invitado, ésta es su casa y entra y sale como y cuando le place.

-¿Cuándo hablaste con él?

-El jueves, acababa de llegar de viaje.

-¿Pero está en su casa de Madrid ahora?

-Si, me ha dicho que tiene algunos contactos para introducir el vino en la capital, nos contará cuando venga. No sé cómo lo hace, tiene una capacidad de trabajo inigualable, no sé cómo puede llevar el negocio de las antigüedades y el vino al mismo tiempo.

-Yo creo que necesita trabajar tanto para mantenerse ocupado y no pensar- reflexionó la bruja acariciando la mano de Paul- Necesita llenar su vida con el trabajo y de momento es lo único que le apasiona. Cuando yo estaba sola me sentía un poco así, era tremendamente desdichada, pero por suerte ahora estás tú- dijo mirándole embelesada.

-Te quiero.

-Y yo. Paul... tenemos que hablar de algo...

El hombre levantó la mano y detuvo la conversación.

-Sé lo que vas a decirme y no quiero hablar de eso otra vez- dijo seriamente.

-Lo sé pero el tiempo pasa... debemos tomar una determinación- dijo ella de manera angustiada.

-La decisión ya está tomada Isabel, ¿Cuántas veces más debemos hablar de esto?

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas y Paul sintió haber sido tan duro. Se levantó de su silla y se acercó a la joven, se agachó hasta quedar a la altura de sus ojos.

-Ya es tarde, mi momento ha pasado.

-¡Aún no es tarde! Podrías beber un poco de mi sangre y tú también vivirías para siempre, o hasta que la pócima dejara de tener efecto. Quiero estar siempre contigo Paul, no quiero que me dejes- sollozó.

-Nunca te dejaré- aseguró abrazándola- Siempre estaré contigo de una forma o de otra.

-Entonces ¿por qué no quieres hacerlo?

-Porque no puedo condenarte a vivir eternamente conmigo. Eres una bruja desde hace siglos, no puedes atarte a mi de esa manera, cuando yo muera tendrás la posibilidad de conocer a otros hombres y ser feliz- aquellas palabras le dolían a Paul más que a ella y tenía que hacer un gran esfuerzo para que su voz no sonara triste.

-¡No!- exclamó ella entre lágrimas- No quiero conocer a nadie más- se abrazó a él y hundió la cabeza en su pecho.

Paul tragó saliva, aquella discursión no era nueva. Llevaban años hablando de eso, Isabel había intentado por todos los medios convencerle de que si compartían la misma sangre también compartirían la eternidad pero Paul era reacio, tenía un gran sentido de la responsabilidad y su conciencia no le permitía aquello. Pensaba que de igual manera que había aceptado pasar ocho años en la cárcel haciéndose responsable de las tropelías de su jefe John Foundling que había intentado crear un elixir milagroso a cambio de inducir al suicidio a numerosos jóvenes y transformar en zombis a otros, también pensaba que no tenía derecho a vivir eternamente, y lo que le había dicho a Isabel era cierto: no quería privarla de conocer a otras personas con las que pudiera ser feliz. Además el momento de poder hacerlo ya había pasado, ¿qué ganaría ahora siendo un hombre de más de cincuenta años eternamente? A los ojos de los demás y de los de Isabel siempre sería un hombre mayor, un anciano con dinero que disfrutaba de la vitalidad de una jovencita, un viejo verde... quizás ella en algún momento se cansara de él y se enamorara de otra persona más joven y él no podría vivir eternamente sin ella, ese pensamiento le volvía loco. No, ya no podía hacer nada, quizás si aún tuviera treinta o cuarenta años se lo hubiera vuelto a replantear pero ya era

tarde, la diferencia de edad era demasiado palpable aunque en su caso él seguía manteniéndose fuerte y vigoroso y no aparentaba la edad que tenía. Acarició el cabello de Isabel con ternura.

-Se nos está enfriando la cena- dijo para romper aquel desagradable momento.

La joven levantó la cara y le miró con los ojos brillantes.

-Prométeme que lo pensarás.

-Lo haré.

-Está bien- dijo ella limpiándose las lágrimas.

La cena continuó animada pero el corazón de Isabel estaba desolado, sabía que Paul no cambiaría de opinión. En muchas ocasiones incluso llegó a pensar en hacerle beber su sangre sin que él se enterara pero entre ambos había demasiada confianza y amor como para engañarle de aquella manera. A veces pensaba que él no quería vivir eternamente con ella pero en su fuero interno se daba cuenta de que solo se trataba del terco sentido moral de Paul, una especie de masoquismo por los pecados cometidos en el pasado, pero todo aquello quedaba ya muy atrás. Su enemigo desde tiempos inmemoriales, John Foundling, estaba muerto y la amenaza de la venganza por parte de Markus Schultz, el líder de los satánicos neoyorkinos, había muerto con él en aquel acantilado de Escocia. No había nada que temer, eran libres para ser felices eternamente pero Paul no quería, aquello era un sacrificio estúpido que nadie le agradecería, los asesinados por Foundling no revivirían, el pasado estaba muerto y olvidado.

Aquella noche en la cama a Isabel le aterrorizó la idea de que llegaría un día en que no podría dormir abrazada a Paul, el hombre que era dueño absoluto de su corazón. Cuando llegara aquel día tendría que volver a las tinieblas de la soledad.